siquiera al miserable y sin oir la cruel acusación contra su padre!

Era indudable que Lucy había abandonado la funesta casa y su jardín y dirigídose probablemente á Londres ó por lo menos á la estación de Belden. Alain resolvió seguirla cuanto antes, y como al pasar por el pueblo lo saludase respetuosamente el carpintero que le había dado tan valiosos informes, pensó detenerse para preguntarle si había visto pasar á la señora llegada la víspera. Sin embargo, no quiso perder más tiempo, y apresurando el paso llegó á la estación, donde le dijeron que una señora cuyas señas correspondían con las que él daba, había tomado el tren precedente para Londres.

Lucy se hallaba, pues, camino de su casa, donde no tardaría en llegar sana y salva. Alain prefería no volver á verla hasta haber hablado con su padre; á los pocos minutos tomó el tren, proponiéndose no detenerse en la capital más tiempo que el absolutamente indispensable para preguntar á Josefina si era cierto lo que su esposo le había dicho sobre la sustracción de los documentos. Después, apenas le quedaría tiempo para alcanzar el último tren de aquella noche que debía llevarle á la Casa Roja.

Y mientras se acercaba á Londres pensaba en los increíbles acontecimientos y en las emociones profundas de aquel día, en el que le parecía haber vivido largos años.

CAPÍTULO XXIV

El golpe de gracia

Obedeciendo á la súplica de su esposo, salió Lucy de la casa por la única ventana abierta en la cocina. Se hallaba como aturdida y recordaba confusamente lo ocurrido; el peligro en que había estado su vida, la llegada de Alain y la muerte de un hombre, mas no Alain, porque acababa de separarse de él. En aquel caos de todas sus ideas sólo

dos se le imponían con toda precisión: que tenía hambre y sed y que debía cantar aquella noche en el teatro. Incapaz de comprender por qué Alain se había quedado atrás, tomó maquinalmente el camino que ya conocía, rendida y medio loca por su prolongado encierro, el aire viciado de la habitación, la continua vigilancia, la privación de todo alimento, y por último, el súbito terror al oir á Manders y comprender que había sonado su última hora. Llegar al teatro á tiempo era su idea fija, su único deseo.

Siguió el sendero hasta llegar á la verja del jardín y la halló cerrada. Aprovechando una elevación del terreno, escaló la verja como pudo y saltó al camino. A los pocos pasos oyó ruido de ruedas y volviéndose vió venir un *dog-cart* guiado por un caballero. Maquinalmente levantó la mano, y dijo:

—Quisiera que me llevase usted á la estación.

El ocupante del vehículo, joven de unos veinticinco años, se sonrió. Su interlocutora ni siquiera le pedía un favor; se limitaba á manifestar su voluntad.

—Lo haría con gusto,—contestó,—pero no voy en esa dirección.

—Aun así, deseo vivamente que me conduzca usted á la estación. Es cosa de la mayor importancia para mí.

El lo comprendió así, pensó que la estación no estaba muy lejos y tampoco le disgustaba prestar un servicio á mujer tan hermosa.

—Estoy á sus órdenes, dijo descubriéndose. Sírvase usted subir.

—Lo más aprisa posible, ordenó Lucy apenas hubo tomado asiento á su lado.

Grande era la curiosidad del joven, que trató inútilmente de entablar conversación con su compañera. Sus respuestas eran tan faltas de sentido que cuando llegó á la estación de Belden se preguntó si aquella hermosa joven se habría escapado de algún manicomio. Lucy le dió las gracias tranquilamente, como si no hubiese hecho más

que cumplir con un deber al admitirla en su carruaje y separarse por ella de su camino. Jamás volvió á verla.

Afortunadamente iba á salir un tren y Lucy tomó asiento en uno de sus coches. Tras algunos esfuerzos inútiles para coordinar sus ideas, sólo recordó que aquella noche era la anunciada para su reaparición en escena. A los cuarenta minutos se apeaba del tren en la estación del Este y diez minutos después la dejaba un coche á la puerta de su casa. Abrióla con una llave que sacó del bolsillo, entró en el comedor y tocó el timbre. A los pocos momentos acudió una sirvienta, que se quedó absorta al ver á su señora.

—Tráeme algo que comer y un poco de vino, pero en seguida, ordenó Lucy.

La criada se retiró apresuradamente y llevó la buena noticia á Josefina y la señora Melvil, quienes un instante después estaban abrazando y besando cariñosamente á Lucy.

Josefina tomó su mano y derramó lágrimas de alegría, al pensar que su cuñada había regresado voluntariamente. ¡Cuánto la había ofendido con sus sospechas! Pero se propuso implorar su perdón y compensarla con su cariño.

—¡Oh, amiga mía! exclamó la señora Melvil, ¡qué susto nos ha dado Vd.! ¿Dónde ha estado? ¿Por qué no escribió ó telegrafió? Alain la está buscando por todas partes.

—¿Dónde has estado? preguntó á su vez Josefina.

Lucy se oprimió las sienes con ambas manos, como si tratase de concentrar sus ideas. Después dirigió á sus interlocutoras una mirada sin expresión,

—No sé, dijo lánguidamente. No recuerdo. Necesito comer algo.

En aquel momento entró la sirvienta con una bandeja llena de platos. Lucy tomó asiento y comió vorazmente, servida por la señora Melvil y Josefina que se miraban atónitas. La comida terminó pronto. Lucy no cesaba de mirar al reloj.

—El coche, pronto, ordenó. Tengo que salir dentro de pocos minutos.

—Pero háblenos Vd., querida mía, rogó la señora Melvil. Díganos dónde ha estado.

—No puedo, no recuerdo nada, nada, repitió Lucy. Sírvase Vd. pedir el coche.

Así lo hizo Josefina, alarmada por la actitud y las palabras de su cuñada, cuyo rostro enrojecía y palidecía alternativamente; sus ojos parecían más brillantes que de costumbre y movía nerviosamente los dedos.

—No vayas al teatro esta noche, le dijo Josefina. Estás enferma, no lo dudes. Envía una esquela al empresario diciéndolo así.

Lucy se sonrió por la vez primera desde su regreso. No ir al teatro aquella noche le parecía imposible, absurdo.

—Estoy lo suficientemente buena para cantar, replicó, dirigiéndose hacia la puerta.

¿Y Alain? Al salir de su casa algunas horas antes, la expresión de su rostro había aterrorizado á Josefina, que sabía lo que aquella expresión significaba: el deseo de venganza, la resolución firmísima de castigar al hombre que lo había ofendido. Pero temía por la vida de su hermano. Aquellos temores, disipados momentáneamente con la presencia de Lucy, se habían renovado al observar la extraña actitud de ésta y su empeño en no explicar por qué ni dónde había estado ausente tanto tiempo.

—¿Has visto á Alain? le preguntó Josefina, deteniéndola en el momento en que iba á franquear la puerta.

—¿Si lo he visto? repitió Lucy pasándose la mano por la frente. Sí, lo he visto, en alguna parte: no recuerdo dónde.

—¿Por qué no ha venido contigo? ¿Sabes cuándo volverá?

—No ha venido porque tenía que hacer. Eso es, tenía que hacer algo que tampoco recuerdo y que lo detuvo.

Los recientes sucesos seguían confundidos en su memoria.

—Volverá pronto, continuó. Yo he venido sola porque probablemente no tenía tiempo de esperarle. Sí, eso es, me faltaba tiempo, se hacía muy tarde.

Extraña mirada vagaba en sus ojos y la mano que Josefina había tomado entre las suyas estaba ardiendo. ¿Sabría Lucy algo más? ¿Podría ó querría darle algunos detalles?

—¿Has visto á mi marido, á Daniel? preguntó Josefina.

Lucy la miró como si aquella pregunta le recordase algo y despertase en ella algunas ideas.

—He visto, sí, he visto al espíritu del mal, dijo en voz baja. ¿Soñaba? No lo sé. Sí, soñaba que Alain acudió y le dió muerte.

Después retiró su mano casi á la fuerza y salió. ¿Qué había ocurrido? ¿Qué trágicos sucesos había presenciado Lucy? Júzguese de la angustia de Josefina, cuyo único consuelo era la seguridad con que Lucy anunciaba el pronto regreso de Alain, lo cual parecía indicar también que Daniel había sido la víctima en el encuentro de aquellos dos mortales enemigos. Volvióse hacia la señora Melvil, que si bien estaba alarmada con la conducta y las extrañas palabras de Lucy, no había comprendido la alusión de Josefina á su esposo.

—Está enferma, dijo Josefina. No hemos debido dejarla salir.

—¿Y cómo impedirlo? Sólo empleando la fuerza hubiéramos podido detenerla.

—¿Pero qué ha sucedido? gimió Josefina. Por lo pronto no conviene que vaya sola.

—Eso no, yo iré con ella, exclamó la señora Melvil.

Josefina prefirió esperar á su hermano en la casa una ó dos horas más y si no se presentase ir á buscarlo en persona, si necesario fuese, al pueblo cuyo nombre le había indicado ella misma.

La señora Melvil subió al piso segundo y después de ponerse su abrigo y su sombrero entró en la alcoba de Lucy, donde ésta acababa de lavarse cara y manos; después cambió de traje y empezó á elegir algunas joyas para ponérselas al presentarse en escena. La buena señora volvió á rogarle que no saliese aquella noche.

—Sírvase Vd. no insistir y no molestarme más, repuso Lucy con acento tal que dejó confusa á la señora Melvil. Jamás su amiga le había hablado en aquellos términos.

Lucy nada dijo al ver que su compañera tomaba asiento á su lado en el coche. Llegado que hubo éste al teatro, pasó Lucy rápidamente por la puerta destinada á los artistas, seguida de la señora Melvil que sólo en consideración á las extraordinarias circunstancias se permitió cruzar el umbral de aquella puerta.

El primero en saludar á la artista fué el empresario.

—Bien sabía yo que llegaría Vd. á tiempo y que no me pondría en tan grave compromiso, dijo regocijado y como si acabase de escapar á un gran preligro.

—¿Por qué no había de venir? repuso Lucy con la mayor naturalidad, y dirigiéndose en seguida á la habitación que le estaba reservada.

Contentísimo el empresario, se apresuró á notificar la llegada de la Francini á la otra tiple que estaba ya dispuesta á substituir á la ausente cantatriz. El empresario acababa de pasar un susto mayúsculo; ya la víspera había ido á casa de la artista para consultarla sobre varios particulares y allí le habían enterado de su misteriosa desaparición. Su alarma aumentó grandemente el sábado, pero hasta el último momento conservó la esperanza de ver aparecer á Lucy, que siempre se había distinguido por su estricta observancia de sus contratos y su gran consideración por los intereses de sus empresarios y por el público. Sólo á última hora contrató condicionalmente los servicios de otra artista, deplorando aquel malhadado contratiempo precisamente en la función inaugural. Grande

fué, pues, su alegría cuando vió aparecer á la aplaudida artista.

—De buena me he escapado, se dijo. No hubiera sido floja la silba, á pesar de mis excusas y apelaciones á la indulgencia del público.

El rostro de Lucy le había parecido algo pálido y no había tenido tiempo de preguntarle por su salud, pero atribuyó su aspecto á la natural emoción del momento y en caso de indisposición puso toda su confianza en la gran fortaleza que por regla general demuestran los artistas en la escena, aun cuando sufran graves dolencias físicas. El peligro principal había pasado. Oyó, pues, con gran placer los primero compases de la sinfonía.

Entre tanto Lucy y la señora Melvil habían llegado al cuarto de aquella, donde su hábil doncella lo tenía todo preparado, hasta el último detalle. Quedaba poco tiempo disponible y la doncella lo aprovechó lo mejor posible, no sin notar el silencio de la artista, cuyas frases bondadosas la animaban usualmente en su trabajo. También observó el aspecto preocupado de su señora y su falta de animación, pero lo atribuyó todo á la escasez de tiempo y á la prisa inusitada con que ella misma se veía obligada á proceder. Acababa de prender el último alfiler cuando llamaron á Lucy para salir á la escena. Dejó el cuarto sin un ademán ni una palabra, y momentos después oía la señora Malvil la tempestad de aplausos con que el público saludaba su presencia.

Cantábase aquella noche *El Trovador*, preciosa ópera que Lucy conocía bien. Y mientras estuvo en las tablas, convertida en la amante é infortunada *Leonor*, pareció recobrar la completa posesión de sí misma y se dió perfectamente cuenta de que se hallaba ante el público, por más que entró en escena y salió de ella maquinalmente, como en sueños.

Al terminar el primer acto era evidente que la Francini vería confirmados sus triunfos de la temporada anterior.

La opinión unánime en el teatro era que nunca había cantado mejor y que su ausencia de Inglaterra en nada había perjudicado su voz. Algunos espectadores de los palcos creyeron que la famosa artista no parecía en tan buena salud como antes y entre ellos se contaba aquel *amateur* y médico eminente á quien Alain había consultado y que había examinado cuidadosamente la portentosa garganta que emitía tan arrobadoras notas. Habíase propuesto ir al teatro aquella noche, pues tenía el mayor interés en la carrera de la artista por razones profesionales; y justo es hacer constar que al oir la magnífica voz de aquélla, se alegró de haberse equivocado, siquiera una vez. Hombre de ciencia é no, nadie que la oyese cantar aquella noche creería en la existencia de un síntoma desfavorable, de un peligro para aquella garganta privilegiada.

Pero toda la energía de Lucy era ficticia. Tan luego dejó la escena, sus fuerzas parecieron abandonarla y apoyada lánguidamente en la pared de la sala destinada á los artistas, no replicaba ó contestaba con vagas palabras á las preguntas de sus amigos. Pronto circuló entre bastidores el rumor de que la *prima donna* estaba enferma; el empresario empezó á desear que terminase la representación y sus repetidas preguntas no obtuvieron de Lucy otra contestación que la siguiente:

—Me siento bastante bien para cantar.

Puntual como siempre cuando le tocó volver á salir á las tablas recobró ante el público toda su animación, para recaer después en un aniquilamiento más pronunciado todavía. Al terminar el segundo acto el empresario dudaba que la Francini pudiese terminar su papel.

También aumentaban los temores de la señora Melvil, á quien la doncella de Lucy había colocado en el lugar más conveniente para recibir á la artista cada vez que ésta se retiraba del escenario. Las frases de Lucy iban siendo más y más incoherentes. Sorprendía mucho á la señora Melvil la prolongada ausencia de Alain, á quien sólo una

causa muy poderosa podía tener alejado del teatro en noche como aquella. Preguntó al empresario si no veía el estado en que se hallaba la artista y le rogó que dirigiese al público algunas palabras, explicando la situación y pidiéndole que evitase á la tiple nuevos esfuerzos. Pero el empresario se rió de aquella sencillez y le dijo:

—Llévela Vd. directamente á su casa tan luego termine la ópera y llame á su médico. Yo iré á verla mañana temprano. La función acabará pronto.

Leonor había empezado á cantar su última aria y pocos minutos bastarían para terminar su tarea. Las deliciosas notas salían sin esfuerzo de sus labios, pero cesaron de pronto, y el público la contempló entre absorto y alarmado. Miróla también con asombro el director de orquesta, pero la música continuó, desprovista del encanto que hasta entonces le prestara el sonido mágico de aquella voz. Todos presentían que la interrupción sería momentánea y así sucedió. Haciendo un esfuerzo poderoso para librarse del obstáculo que parecía anudar su gorganta, cantó la artista algunas notas más y volvió á detenerse; muchos espectadores se pusieron de pie, sorprendidos, y poco después vieron con horror que la artista lanzaba en torno una mirada de suprema angustia, parecía rechazar con las manos un enemigo invisible y caía por último desvanecida sobre las tablas del escenario.

Bajaron el telón precipitadamente y manos amigas levantaron en seguida el inanimado cuerpo, conduciéndolo al cuarto de la tiple. Llamóse á un médico y el empresario satisfizo al público lo mejor que pudo, diciéndole que la aplaudida cantatriz, aunque algo indispuesta aquella noche, había insistido en representar su papel para no contrariar á sus admiradores y que la tarea había sido superior á sus fuerzas. Algunos días de descanso absoluto bastarían para devolvérselas por completo.

Al retirarse el público el distinguido médico no pudo menos de decir á su vecino:

—Podemos felicitarnos por haber venido al teatro esta noche. Mis pronósticos van á cumplirse y la Francini no volverá á cantar jamás. Hace un año le anuncié á su esposo que su carrera artística sería corta.

Ofreció después sus servicios profesionales al empresario, pero otro médico lo había precedido. Según éste, un padecimiento corporal había afectado á la artista hasta el punto de hacerle perder la voz súbitamente. Era punto por punto lo que el especialista había temido y predicho.

Entre tanto la pobre Lucy, con los ojos desmesuradamente abiertos, llamaba á su esposo para que la librase de un peligro desconocido.

—¡Alain, Alain!—gritaba sin cesar.

La llevaron á su casa sin pérdida de tiempo y cuando Josefina la vió llegar, enferma y delirante, se preguntó cuándo acabarían los horrores de aquella funesta jornada. Alain había regresado una hora después de la salida de Lucy para el teatro, pero la alegría de su hermana al verle duró poco. En su semblante se leía una expresión de angustia tan dolorosa como la que tenía al partir aquella tarde. Lo primero que hizo fué preguntar por Lucy y pareció algo más tranquilo al oir que había llegado á su casa y salido después para el teatro. Su segunda pregunta, mejor dicho, orden imperiosa á Josefina, fué la de entregarle los documentos de Daniel que tenía en su poder.

La joven no pensó siquiera en negárselos y le entregó la cartera que los contenía, sin decir palabra. Alain los desplegó y leyó precipitadamente y volviendo á ponerlos en la cartera apoyó la frente entre las manos y meditó, presa de la mayor emoción. Después salió de la habitación y de la casa, limitándose á decir á Josefina que partiría para el Oeste aquella misma noche, que ignoraba cuándo volvería y que escribiría pronto.

Lo único que Josefina sacó en claro fué que los dos hombres se habían visto, pero que ambos vivían y por consiguiente no era viuda todavía.

Y al fin, llegaba Lucy á su casa presa del delirio y llamando con dolorosos gritos: «¡Alain! ¡Alain!» durante toda aquella larga y siniestra noche.

CAPITULO XXV

Incertidumbre

Alain llegó á Barton á medianoche. La fatiga, las emociones y los sucesos de la víspera habían rendido su robusto cuerpo y durmió profundamente mientras el tren recorría las cien millas que separaban á Barton de la capital, olvidando así por primera vez la horrible acusación lanzada contra su padre. Primero se dijo que era una pérfida invención de Manders, pero cuando Josefina le entregó los documentos que confirmaban una parte de relato de aquél, se apoderó de su ánimo el temor de ver confirmada la totalidad del mismo. Sin embargo, nada podía convencerlo de ello fuera de la confesión de su mismo padre; para él no había tranquilidad posible hasta llegar á la Casa Roja y oir á su padre rechazar indignado la calumnia, negar que había asesinado á un inocente para despojarlo de sus bienes.

En Barton recordó que no había probado bocado en casi todo el día. Deseaba conservar todas sus fuerzas y pidió una cena en la posada del Ferrocarril, á cuya propietaria sorprendió mucho diciéndole á aquellas horas que le proporcionase coche y caballo para ir inmediatamente á la Casa Roja. El tren expreso en que había ido desde Londres no se detenía en Milton y Barton era la estación más próxima á la Casa Roja, después de la de Milton.

No podía esperar allí hasta la mañana siguiente. Su vivo deseo era llegar cuanto antes á la casa de su padre y saber la verdad; tomando un coche y saliendo en seguida podría ganar cinco ó seis horas y así lo hizo. El cochero se presentó refunfuñando, ante la perspectiva de una carrera de

veinte millas después de haber trabajado todo el día; si bien su mal humor se disipó en gran parte al ver al joven Bourchier, á quien conocía perfectamente y cuya generosidad le garantizaba una buena propina.

Era la segunda vez que Alain recorría la comarca en las últimas veinticuatro horas. Al pensarlo se sonrió tristemente, diciéndose que aquellas pocas horas le parecían otros tantos años de vida agitadísima. Sentía á veces no haber puesto fin de un balazo á la vida de Manders, quien indudablemente había atentado contra la suya propia. Pensaba después que Lucy era prima suya y también dueña legítima de la Casa Roja, como lo evidenciaban los documentos sustraídos á Manders. Afortunado matrimonio, en verdad, á no ser por el crimen que Manders imputaba á su padre. ¿Y qué sucedería, decíase temblando, si Manders repitiese á Lucy todas aquellas revelaciones? Lejos estaba de pensar que en aquellos momentos se hallaba su esposa presa de violento delirio, incapaz de reconocer á nadie y que al día siguiente toda la prensa contendría detalles de la súbita y grave enfermedad que aquejaba á la artista predilecta del público. Otro dolor que el destino reservaba al desgraciado.

El carruaje avanzaba lentamente, sobre todo para quien, como el joven Bourchier, había deplorado poco antes la lentitud del tren expreso. La luna iluminaba el camino y Alain, que lo conocía palmo á palmo, podía calcular exactamente la distancia que lo separaba de la Casa Roja. Dejaron atrás varias casas y caseríos, pasaron el pueblo de Braley y bajaron la Cuestecita para empezar después el ascenso de la empinada Cuesta. Alain se estremeció y apartó la vista al llegar al punto en que un abeto desecado indicaba el lugar en que su padre había dado muerte á un hombre cuatro años antes. Conocía perfectamente el teatro del suceso, y no pocas veces se había detenido allí para referir á un amigo la peligrosa aventura de su padre, cuya

sangre fría y prontitud en defenderse no podía menos de elogiar. Pero aquel día no osaba mirar los mudos testigos del suceso; el hombre que había muerto allí era el padre de Lucy y el asesino, se preguntaba con horror, ¿sería su propio padre?

Pronto estaría en la Casa Roja y lo sabría todo; su esperanza se cifraba en la inocencia de su padre, á quien esperaba hallar tan ignorante del nombre de su víctima como él lo había estado hasta entonces. Los caballos llegaron á la cumbre de la Cuesta á las tres de la mañana y desde allí distinguió Alain la Casa Roja, que se destacaba sombría y amenazadora á corta distancia. Poco le importaba llamar y despertar á sus moradores á hora tan intempestiva; la importancia del asunto que allí lo llevaba no admitía dilación.

Contemplaba Alain desde el coche la casa paterna, cuando notó con sorpresa que en su interior había varias luces encendidas en diversas habitaciones, lo que demostraba que ocurría algo de anómalo y que sus moradores no se habían retirado á descansar todavía, no obstante lo avanzado de la hora. El corazón de Alain palpitó con violencia al pensar que probablemente su padre estaba enfermo de gravedad, que quizás había muerto, sin pronunciar las palabras que él tanto ansiaba oir. Ordenó al cochero que pusiese los caballos al galope y en pocos momentos llegó el coche á la verja de entrada. Los momentos eran demasiado preciosos para perderlos esperando á que abrieran; Alain escaló la verja, gritando al cochero que llevara los caballos á la cuadra, y se lanzó á la carrera por el camino de coches que conducía directamente á la casa.

Pronto le fué franqueada la puerta por el anciano criado del señor Bourchier, cuyo aspecto general indicaba desde luego una catástrofe.

—¿El señorito Alain?— dijo.—Mucha falta hace usted aquí.

—¿Qué sucede? Dime... ¿Mi padre?

—Está muy enfermo, señorito. El peligro es grande.

—Pero ¿no ha muerto? Dime la verdad.

—Vive, pero ha perdido el conocimiento. Un ataque de apoplejía, según he oído decir.

—¿Dónde está mi madre? Corre á decirle que he llegado.

Salió el criado y Alain entró en la habitación más próxima, donde se dejó caer en una silla y esperó hasta que Bautista volvió con una lámpara encendida.

—Parece usted cansado, señorito Alain,—dijo el buen viejo. ¿Desea usted algo?

—Sí, tráeme un poco de vino, Bautista.

La verdad es que Alain estaba rendido de fatiga y debilidad. En aquel momento entró su madre, que se arrojó en sus brazos.

—¡Oh, Alain, hijo mío! ¡Gracias á Dios que has venido! ¿Quién te dió la noticia?...

—Nada me han dicho, nada sé. Dímelo todo, madre mía.

Poco tenía ella que contarle. A las nueve de la noche anterior habían hallado á su padre sentado en una silla, respirando penosamente y privado de conocimiento. Lo condujeron á su cuarto y enviaron á buscar un médico, mientras que un lacayo llevaba á Lomer un telegrama dirigido á Alain, diciéndole lo ocurrido y llamándolo á la Casa Roja cuanto antes. Claro está que no recibió el parte, porque aquella misma hora estaba él ya camino de la Casa Roja. Cuantos medios se ensayaran para hacer volver en sí al enfermo habían resultado inútiles. Respiraba más libremente y parecía estar más tranquilo, pero todavía no había pronunciado una sola palabra.

—Pues es preciso que hable, es indispensable,—exclamó Alain, desesperado ante la idea de que su padre muriese sin resolver el misterio que tanto le atormentaba.

—Así lo esperamos todos,—dijo la pobre señora,—pero el médico nada puede prometer todavía. En cuanto amanezca telegrafiaremos á Barton para que venga el mejor

médico de la ciudad. ¡Oh, hijo mío, gracias al cielo que has venido!

—¿Ha ocurrido algo desde ayer por la mañana que haya podido afectar á mi padre?—preguntó ignorante de lo que ocurriera en la Casa Roja desde su partida.

—Pareció muy alarmado al verte partir tan apresuradamente y se refirió á ello varias veces durante el día. Esperábamos un despacho tuyo, para saber si se trataba de algo grave ó no.

En las últimas palabras de su madre se traslucía leve reproche.

—No tuve tiempo de telegrafiar,—repuso Alain.—Me llamaron para un asunto espinoso y desagradable y llegué precisamente á tiempo de evitar un gran mal.

A pesar de su angustia, la señora Bouchier preguntó por Lucy y Josefina y no obstantes las respuestas tranquilizadoras de Alain, sospechó que algo había ocurrido también en Londres que ella no sabía.

—¿Puedo ver á mi padre?—preguntó el joven.

—Sí, deseo que le veas. Pero no te reconocerá, hijo mío.

Le condujo al cuarto del enfermo y allí vió que su madre no había exagerado la situación. Bourchier parecía ignorar cuanto le rodeaba y desde luego perdió Alain la esperanza de verse reconocido, al contemplar aquel rostro cadavérico, aquellos ojos sin animación y medio cerrados. Conteniendo un sollozo, se arrodilló junto al lecho y tomó una mano de su padre, que estrechó cariñosamente, diciéndose que aquella mano jamás se había teñido en sangre inocente. Y arrodillado allí, oró con fervor pidiendo al cielo que el sueño de su padre no fuese eterno, que siquiera por unos instantes recobrase el enfermo la razón, para contestar á una pregunta y negar la atroz calumnia. Una palabra de su padre pronunciada al borde de la tumba valdría más que cien juramentos del infame Manders.

Levantándose después, dijo á un médico que allí estaba:

—Saldrá de ese letargo?

—Así lo espero, aunque no puedo asegurarlo todavía. Pero no hay peligro de que empeore súbitamente, y quizás sea mejor que permanezca insensible por ahora. En mi opinión, la causa principal de su trastorno es exclusivamente mental.

Alain tembló, preguntándose si su padre tendría alguna idea fija, algún remordiciento, que de continuo le atormentase. El médico miró atentamente al joven, cuya palidez y aspecto desencajado le hicieron temer que pronto tendría dos pacientes en vez de uno.

—Lo que usted debe hacer ahora mismo,—dijo cariñomente al joven, es retirarse á descansar. Su presencia aquí es innecesaria.

¡Descansar y perder acaso la única oportunidad de interrogar á su padre! ¡Nunca! Su puesto estaba allí, mientras las fuerzas no le abandonasen por completo ó el sueño no cerrase sus ojos.

—Permaneceré aquí, al lado de mi padre,—dijo resueltamente, si bien al propio tiempo se dejó caer en una silla con ademán de supremo cansancio que no escapó á la mirada del médico.

—No hará usted tal cosa,—dijo éste,—apelando á la señora Bourchier para que le ayudase á convencer á su hijo de que necesitaba descansar, sobre todo cuando supo que la víspera había recorrido dos veces el trayecto de Londres á la Casa Roja.

No cedió Alain hasta que le hubieron prometido que lo llamarían tan luego diese su padre la menor señal de recobrar el conocimiento.

Se dirigió á su cuarto, y poco después, abrumado de cansancio y sueño, todo había desaparecido de su memoria; para él no había ya disgustos, temores ni incertidumbre y durmió profundamente hasta que las campanas de la vecina iglesia de Renton empezaron á recordar á los moradores del pueblo que en aquella hermosa mañana de

Mayo debían encaminar sus pasos al templo, en lugar de dedicarse á sus faenas cotidianas.

Apenas abrió los ojos volvieron á su memoria los acontecimientos de la víspera; vistióse á medias y apresuradamente, y se dirigió al cuarto de su padre, á cuya puerta llamó. Abrióla su madre, en cuyo semblante se veían las huellas de aquella larga velada. Bourchier seguía en idéntico estado. ¿Cuánto duraría aquella terrible duda?

El médico había salido poco antes para visitar á otros pacientes y se esperaba la llegada de un entendido facultativo procedente de Barton.

—Estás cansada, madre mía, dijo Alain cariñosamente; permíteme reemplazarte.

—No. Ve á tu cuarto, acaba de vestirte y toma tu almuerzo. Yo esperaré aquí hasta que venga la enfermera.

Por regla general las mujeres no se atreven á poner por completo un inválido ó un enfermo grave en manos de un hombre, aunque no faltan algunos tan solícitos y cuidadosos como la mujer más cariñosa. Alain volvió, pues, á su habitación y abriendo la ventana contempló extasiado el hermoso paisaje. Los floridos campos y los verdes árboles se extendían hasta la línea de altos álamos que marcaban por aquel lado los límites de la Casa Roja. Hermosa posesión, que debía de ser orgullo y felicidad de su dueño; pero él ¿cómo podría gozar de aquel extenso dominio, cómo llamarlo suyo, á pesar de que ahora le pertenecía por dable título, si resultase cierto que su propiedad se había obtenido á costa de un asesinato? Alain cerró la ventana; no podía mirar el campanario de la aldea sin pensar en el infeliz cuyos restos descansaban al pie del mismo.

Acababa de vestirse cuando Bautista le entregó un telegrama, llevado desde Lomer por un mensajero especial. Alain lo abrió con temor, no esperando más que malas noticias.

—De Josefina, se dijo. «Lucy muy emferma, fiebre cerebral, delirando. Ven en seguida. Médico asegura peligro inminente.»

—Espero que no sea una mala noticia, dijo el viejo servidor.

—Mi mujer está muy enferma, replicó Alain con ronca vez, poniendo el despacho sobre la mesa.

Bautista se entristeció aun más de lo que estaba y Alain trató de coordinar sus ideas y reflexionar. Su padre se moría en la Casa Roja y su mujer estaba también moribunda en Londres, según toda probabilidad. En circunstancias normales no hubiera vacilado un momento y el primer tren le hubiera llevado al lado de Lucy. Pero su ausencia de la casa paterna en tales momentos significaba la pérdida de aquella oportunidad única, de aquella negativa ó confesión de su padre, de las cuales dependía la felicidad futura de Lucy y la suya propia. En cierto modo se alegraba de tener que quedarse en la Casa Roja; culpábase de haber abandonado á Lucy después de su entrevista con Manders, sobre todo al recordar las extrañas maneras de aquélla, la expresión vaga é indiferente de su semblante en tan críticas circunstancias. Había pensado en ello muchas veces durante el día anterior y sólo se tranquilizó algo cuando supo por Josefina el regreso de Lucy y su salida para el teatro acompañada de la señora Melvil.

—¿Se ha marchado el mensajero? preguntó á Bautista.

—No, señor, le dije que esperase por si Vd. quería telegrafiar.

Como era domingo, Alain escribió unas líneas al administrador de correos de Lomer, rogándole que tuviese á su disposición, durante todo el día y á costa del firmante, una persona encargada de llevarle inmediatamente á la Casa Roja todos los despachos que llegasen para él. Después redactó un telegrama en contestación al de Josefina, diciéndole que su padre seguía gravemente enfermo y que le comunicase toda agravación en el estado de Lucy, por

ligera que fuese. Contábale inmenso esfuerzo seguir allí, sin volar al lado de su esposa adorada,

Bourchier permaneció inerte todo el día. El médico de Barton confirmó la gravedad del ataque, pero dijo que no había inmediato peligro de muerte y que si se lograse disminuir algo la congestión cerebral, el paciente recobraría el conocimiento. Se manifestó dispuesto á celebrar consulta si así lo desease la familia, y dijo que el enfermo podía continuar por horas, por días quizás, en el mismo estado, y que no podía seguirse mejor tratamiento en el empleado hasta entonces.

Escribieron á Mabel, pues en la apartada finca campestre donde vivía tan pronto recibiría una carta como un telegrama. También notificaron lo ocurrido á Roberto, el hermano menor de Alain, diciéndole que se puciese en camino para la Casa Roja sin pérdida de momento. Alain y su madre presentían que había llegado la última hora del padre y esposo, cuya enfermedad había minado profundamente sus fuerzas en los últimos tres años. El mismo Bourchier había dicho á todos sus amigos que sentía cercana su muerte, y no era extraño que aun los séres que más le amaban renunciasen desde luego á toda esperanza.

Por la tarde recibió Alain otro telegrama, diciendo que Lucy no había empeorado, pero que la fiebre no cedía. Ya no pudo aguardar más. La idea de que su esposa, enferma, delirante, á millas de distancia, lo llamaba en vano hora tras hora, estuvo para volverlo loco. Tenía que verla á todo trance é iría á Londres aunque tuviese que regresar por el tren inmediato. Su padre no había vuelto en sí ni pronunciado una palabra. Su madre tendría muy pronto en su compañía á Mabel y Roberto.

Tomó, pues, el único tren que salía aquella noche para Londres y algunas horas después llegó al lado de su esposa, que seguía llamándole desconsolada y á quien habían cortado su hermosa cabellera para el más eficaz efecto de

las aplicaciones de hielo que constantemente se le hacían, á fin de combatir el fuego que devoraba su cerebro.

Pareció reconocerle, á juzgar por la mirada que en él fijaba y por su mayor tranquilidad cuando él, sentado á su cabecera, estrechaba sus ardientes manos ó apoyaba sobre su brazo la hermosa cabeza de la enferma. De vez en cuando le pedía sobresaltada que la protegiese y la salvase de un peligro desconocido. Hora tras hora permaneció Alain á su lado, contemplándola y temiendo por su vida, á pesar de las opiniones algo más optimistas expresadas por los príncipes de la ciencia. Josefina continuó allí, haciendo un gran sacrificio, porque anhelaba acudir al lado de su padre. Pero también la atormentaba, como un remordimiento, el recuerdo de las injustas sospechas con que había ofendido á Lucy y se propuso atenderla solícitamente y hacer por ella todo lo posible, en expiación de aquella ofensa.

Los numerosos despachos llegados el lunes anunciaban que Bourchier continuaba en el mismo estado, pero al caer la noche recibió Alain el siguiente telegrama: «Recobrado conocimiento. Ven si puedes.»

No titubeó. Era indispensable una entrevista con su padre. Afortunadamente Lucy parecía algo más tranquila y por fin pudo retirar su mano y salir de la habitación sin oir aquel grito desesperado: «¡Alain! ¡Alain!» Recomendándola, pues, á los cariñosos cuidados de Josefina y la señora Melvil, tomó el primer tren de la mañana para el Oeste. En la Casa Roja halló á Mabel y Roberto. Aunque su padre había salido de estupor, los médicos creían que el ataque sería mortal.

—¿Quieres verle en seguida? le preguntó su madre.

—Sí, tengo que hablar á solas con él. No puedo evitarlo. Diles que se retiren, aunque sólo sea por cinco minutos.

—No le digas nada que pueda alterarlo.

—Haré todo lo posible por evitarle la menor agitación. Pero, te lo repito, es indispensable. Que nos dejen solos.

Obedeció la pobre señora, aunque algo alarmada, y Alain entró silenciosamente en el cuarto de su padre.

CAPITULO XXVI

MENTIÓ

Bourchier abrió los ojos y al ver á su hijo una sonrisa animó su pálido rostro. Tuvo fuerza suficiente para estrechar la mano del joven, que se arrodilló junto al lecho y le contempló con vivo interés. Su padre parecía tranquilo, sin el menor síntoma en su semblante del hombre devorado por el remordimiento en los últimos instantes de su vida.

—¿Estás mejor, padre mío? le preguntó.

—Sí, me siento mejor hoy, pero me muero, Alain.

El joven inclinó la frente y contuvo á duras penas sus sollozos.

—Me alegro de que hayas venido, continuó el anciano. Temía no volver á verte. Mabel está aquí y también Roberto, pero hubiera querido ver á Josefina. ¿Qué es de ella?

—No puede separarse de mi pobre Lucy, que está muy enferma. Cuando yo regrese á Londres vendrá en seguida.

—Temo que entonces será ya tarde, repuso Bourchier tranquilamente. Lucy enferma, dices. También hubiera querido verla, añadió como pensando en alta voz.

Alain temía la dura prueba que le esperaba. Parecíale terrible la idea de turbar aquellas últimas horas de su padre con la pregunta que quería dirigirle; y lo único que le animó á hacerlo fué el pensar que un culpable no podía esperar la muerte con la tranquilidad absoluta que demos-

traba Bourchier. En aquel reposado rostro leía ya con gozo la rotunda negativa que tanto ansiaba.

Permaneció arrodillado y en silencio algunos momentos más, con una mano de su padre entre las suyas. Después se inclinó, acercando sus labios al oído del enfermo.

—Padre, dijo, deseo hacerte una pregunta. Perdona que te interrogue en estos momentos, pero de ello dependen mi felicidad y la de Lucy.

Alain no vió la expresión de angustia que se reflejó súbitamente en los ojos del moribundo. «Por fin,» se decía éste, «por fin, cuando esperaba llevarme á la tumba el secreto de mi crimen.» Pero nada contestó. Sabía perfectamente lo que su hijo iba á preguntarle y ni le adelantó á ello ni le prohibió hablar. En los momentos en que iba á caer la espada por tanto tiempo suspendida sobre su cabeza, próximo á exhalar el postrer aliento, su enérgico carácter le impelía una vez más á buscar un medio de aminorar el golpe. No por él, pues ya nada le importaba; sino por Alain, por Lucy y en cierto modo también por su esposa y sus otros hijos. Nada dijo, pero acentuó la presión de su mano sobre la del joven.

—Padre, es sólo para oirte negar lo que voy á preguntarte, para mi propia tranquilidad. Aquel hombre, aquel desconocido á quien mataste ¿sabías quien era y lo que su muerte significaba para todos nosotros? ¡Perdónamel Pero dime, ¿lo mataste creyendo que era realmente un malhechor que atentaba contra tu vida? ¡Dime la verdad; de tu contestación depende mi vida entera!

Pero Bourchier no contestó. Alain sintió que sus dedos se tornaban inertes y dirigiéndole una mirada vió con terror que su padre yacía inanimado, lívido, al parecer en el mismo estado en que había permanecido tan largo tiempo después del ataque.

—¡Padre, padre, habla! gritó con vehemencia.

Pero los labios del anciano siguieron inmóviles; la pregunta había quedado sin respuesta. ¿Volvería á presen-